

indicaciones del horóscopo, y los anuncios del almanaque imperial, cuya ciencia astrológica decide para cada semana, para cada día del año, los tiempos fastos y nefastos.

La novia china no aporta ningún dote: los parientes del novio son los que pagan cierta suma para comprarla, haciendo también el regalo de boda que consiste en ropas, muebles y provisiones. Si el padre de la novia no tiene hijos varones, los cuales heredan con exclusión absoluta de las hembras, entonces se compromete á dejarle parte de su fortuna; sin perjudicar á sus sobrinos ó parientes colaterales á quienes debe preferir como legatarios de sus bienes, á fin de asegurarse las honras mortuorias, que una mujer no puede tributar por indigna.

Los primeros pasos para tales arreglos conyugales se confían á las intermediarias ó mediadoras llamadas *mei-jin*, y hasta que por este conducto son llevadas y traídas y aceptadas recíprocamente las condiciones, no deben visitarse las familias. Todos pueden ver entonces á la novia todos menos el novio, que debe atenderse á los informes de sus padres.

Las ceremonias nupciales varían mucho en sus formas, según las provincias. En Pekín vá pomposamente la novia á casa de su novio, el cual la espera y recibe en la puerta. Ella está engalanada con sus mejores vestidos de seda bordados con oro y plata: sus largas trenzas negras engarzan lujosamente sartas de pedrería y flores artificiales, propias ó alquiladas para el día; un puro afeitado es su cara, con los labios pintados de rojo y las cejas de negro, despidiendo un olor insoponible de almizcle de que lleva las ropas inundadas. Un palanquin ó litera ricamente embellecida y rodeada de músicos la espera á la puerta de su casa, mientras ella se presenta á su madre, que le pone el velo nupcial con que se cubre enteramente. Es costumbre que la madre y la hija confundan entonces su gemido, y que la tímida esposa sea arrancada á la fuerza de la casa paterna: obrar de otra manera sería faltar á todas las leyes del pudor y del buen gusto. En el momento de llegar el palanquin á la puerta del domicilio conyugal, estallan fuegos artificiales y los espectadores hacen el ruido posible para demostrar su regocijo. La esposa deja la litera y hace cuatro genuflexiones ante su esposo y señor, que sale á su encuentro; después hacen los dos juntos sus plegarias ante el altar de los mayores, muertos, y consuman las libaciones prescritas bebiendo el vino consagrado en una misma copa. Una gran comida á que asisten los hombres de ambas familias, acaba la ceremonia: las mujeres comen aparte, y solo en la sala del tálamo se despoja la novia del velo bajo el cual oculta durante la ceremonia su rostro y talle.

El tipo convenido de la belleza china ha sido muy exajerado y casi desnaturalizado por las grotescas pin-

turas hechas en Canton y traídas á Europa. Muchas de estas mujeres tienen la tez y todos los atractivos de las criollas: mano pequeña y bonita, bella dentadura, cabello negro, talle esbelto, ojos un poco inclinados hácia dentro; pero ese mismo defecto da á la fisonomía cierta espresion que no desagrada; y en fin, su gracia indolente y sus melindres no dejan de tener su encanto. Dos cosas las perjudican notablemente, el extraño abuso de los afeites con que destruyen muy luego su natural belleza, y sobre todo la moda de achicarse los pies hasta una desproporcion ridícula para nuestro gusto.

Esta bárbara costumbre, menos comun en Pekín que en las provincias del Sur, ha sido vivamente combatida por los emperadores mandchúes, que han publicado muchos edictos conminatorios contra este sistema de mutilacion. Las damas tártaras y chinas que componen la corte de las emperatrices, como las mujeres de los numerosos funcionarios que residen en la capital, han dejado crecer sus pies conservándolos naturales; pero tal es la fuerza de la moda, que muchas de ellas han adoptado una especie de coturno ó borcegui de teatro con que apenas pueden dar un paso. Tiene este calzado un tacón tan alto, que levantado escesivamente el talón de la mujer, solo permite apoyarse en la estremidad del pie, en los mismos dedos. Las mujeres del pueblo, obligadas como están á ayudar á sus maridos en sus penosos trabajos, dejan también crecer naturalmente sus pies; pero usan los días de fiesta estos incómodos borceguies, por tener á lo menos de vez en cuando el maldito gusto de andar á la moda, es decir, de no poder andar.

Este aniquilamiento de los pies es una costumbre que data de la mas remota antigüedad. Dicese que cierta emperatriz coja, porque habia nacido zamba de ambos pies, impuso por disimulacion á sus damas la singular moda de encojarse también; moda que, absurda y todo, aceptaron hasta con entusiasmo las cortesanas por andar como la emperatriz, y fueron aceptando después todas las mujeres del Celeste Imperio por andar como las cortesanas. Pero lo que hay de mas cierto como causa de semejante moda, que bien mirada no es mas que un impedimento, un lazo, unos grillos para la mujer, es la celosa desconfianza de los hombres: por lo demás, imponiéndose tal suplicio por moda, no hay para qué decir que la mujer lo aceptó sin resistencia.

Tener una china el pie pequenito, es probar de un modo irrefutable que es una mujer rica, que puede vivir sin hacer nada, toda vez que voluntariamente se ha incapacitado para el trabajo. Y una china de conveniencias se creería hasta deshonrada con solo tener grandes, es decir, naturales los pies: así que tienen muy buen cuidado los padres ricos de evitar

la vergüenza de sus hijas, poniéndolas desde muy tiernas en el potro del tormento ó sea en la presión de las cintas. Por otra parte, la china de pies naturales se casaría difícilmente, supuesto que un pie de dos ó tres pulgadas es el encanto por excelencia, el compendio de todas las gracias y perfecciones cantadas en todos los tonos por los poetas indígenas.

Los habitantes de la ciudades de la costa que están en frecuentes relaciones con los europeos, contestan á las observaciones que sobre este punto se les hacen, burlándose de la compresion exagerada que nuestras señoritas hacen sufrir á sus talles; argumento que por su paridad suele embarazar á sus interlocutores.

Luego que una niña ha llegado á la edad de seis años, le comprime los pies su madre con ligaduras de cintas untadas con aceite, doblándole el dedo mayor bajo los otros que también quedan bajo la planta del pie. La compresion se vá estrechando así todos los meses, hasta que, al llegar la niña á la edad adulta, se ha conseguido dar á sus pies la forma de puños cerrados. Las consecuencias de esta mutilacion son generalmente graves, interrumpiendo la circulacion y produciendo llagas de difícil curacion: por lo mismo hay una corporacion de pedicuras ó curanderas viejas, que con tal pretesto frecuentan todas las casas, y no son mas que mediadoras ó casamenteras. A ellas debemos estos pormenores, porque una china de cualquier clase y condicion que sea, no mostraria por ningún precio su pie desnudo: hasta sería ofenderla el procurar ver sus borceguies. Ya se deja comprender la penosa dificultad con que andarán estas mártires. Andan á saltitos y con los brazos estendidos á modo de balancin para sostener el equilibrio como si fueran en zancos. Tal es, sin embargo, la fuerza de la costumbre que las jóvenes juegan días enteros á la *pata coja*, hacen las mas difíciles figuras de baile y juegan al volante, ó como si dijéramos á la pelota con las plantas de los pies.

También es un género de belleza muy estimado la longitud de las uñas de las manos. Las damas ricas dan igualmente á esta moda mucha importancia, y por temor de romperselas adaptan á ellas unos estuchitos de plata que les sirven á la vez de limpiavidos.

El tocado de las mujeres varía en cada poblacion: hé aquí el mas comun en Pekín. Las solteras dejan caer sus cabellos en peinados mechones por la frente y alrededor de la cara, llevando por detrás una multitud de trenzas con adornos de cintas y flores contrahechas. Cuando son novias, se peinan completamente á la chinesca, es decir, se echan todo el pelo arriba, prendiéndolo con un alfiler de plata, signo de sus esponsales. En fin, el día de los desposorios, se hace sufrir á las novias el *kai-mien*, esto es, se les rasura la frente hasta cierta altura, después se enroscan sus

largas trenzas á una almohadilla de carton, forrada de seda negra y puesta en la nuca: esta almohadilla, en que van colocadas las flores artificiales de piedras preciosas, de plumas de pájaro, ó de papel, ó cristal de colores, según la clase y fortuna de la novia, está fija en el pelo por medio del alfiler de plata, largo de un pie lo menos, que atraviesa el rodete y tiene la misma significacion en China, que en Europa el anillo nupcial. Además de esta compostura del peinado, y del tizne con que se pintan las cejas, las pestañas y las órbitas, las chinas se ponen en las sienas dos lunares de tafetan negro; pero esta moda que siguen también algunos hombres, tiene un objeto medicinal: los médicos indígenas consideran que la irritacion que producen estos parches en la piel, es favorable á la salud.

El traje se compone de una túnica que baja hasta media pierna, y unos zaraguíelles de seda que caen en pliegues sobre la pierna donde se anudan con una cinta. Llevan medias hechas de telas diferentes, cosidas y forradas de algodón. Una especie de bata, abierta hácia un costado y poco ancha, envuelve completamente el cuerpo: las mangas son anchas y pendientes; el cuello que sube muy arriba, es muy estrecho y se cierra por corchetes, como las solapas de la bata que se cruzan sobre el pecho disimulando los contornos. Tan indecente sería para una dama china dejar ver sus manos, como sus pies: así que las mangas le sirven á la vez de guantes.

Algun tiempo antes de la partida de Mad. Bourbon para la Siberia, los cristianos de la provincia del *Pe-tche-li*, le hicieron el presente de una túnica de princesa imperial: esquisitos bordados representando el dragon de cinco garras, animales y flores fabulosas, guarnecidos de pasamanería de seda blanca en fondo escarlata, con un remate inferior de estofa rayada, color de iris y forros de brocado de oro, enriquecian aquel bello ejemplar de la industria chinesca.

Las damas de alta alcurnia hacen ellas mismas casi todos los objetos de su tocador, sobre todos los bordados y las flores: es su principal ocupacion en el fondo del harem donde las recluyen los celos de sus esposos. Invierten el resto del día en adornarse, en cultivar sus macetas de porcelana, en jugar con sus perritos y pájaros domésticos y en hacer sombras chinescas; distraccion que apasiona á estas infelices, privadas de todo trato, de todo comercio intelectual.

Lo que da un carácter particular al traje de los habitantes del Celeste Imperio, es la parte accesoria de sus adornos; es decir, los abanicos, los quitasoles, las pipas, las tabaqueras, los estuches de sus anteojos, sus bolsillos, etc. Todo este aparato de objetos menudos de que los chinos no se separan jamás, va suspendido á sus cinturas por medio de cordones de seda:

hay que añadir á esto los relojes que los mandarines y ricos mercaderes muestran en toda ocasion con cierto orgullo.

El uso del abanico es comun á los dos sexos y en todas las condiciones: hombres, mujeres, niños, ricos, pobres, letrados, sacerdotes, soldados, todos los chinos los tienen siempre en la mano. Los elegantes, en lugar de los bastones de nuestros *dandies*, agitan pretenciosamente sus abanicos; y las

evoluciones y movimientos que las jóvenes hacen con los suyos forman, segun dicen, un lenguaje mudo, pero significativo. Las madres se sirven del abanico para dormir á sus hijos en la cuna; los maestros para golpear á sus discípulos traviesos; los paseantes para ahuyentar los mosquitos; los operarios que llevan los suyos en el cuello de sus túnicas, se abanicen con una mano mientras trabajan con la otra; los soldados manejan el abanico bajo el fuego del enemigo



Dama de Pekin.

con una fruicion inconcebible. Hay abanicos de dos formas, abiertos y plegados: los primeros son de hojas de palma ó de plumas; los segundos se hacen de marfil ó de papel, y sirven de álbumes autográficos, pues como recuerdos de amistad un amigo exige de otro que le escriba una sentencia ó le trace un dibujo en su abanico. Los álbum-abanicos en que han dejado estos recuerdos los hombres ilustres, adquieren con el tiempo un gran valor.

XVII.

VIDA Y COSTUMBRES.

Interior de una casa china de alto rango.—Pereza de los chinos.—A donde los conduce.—El juego.—La embriaguez.—El ópio.—Casa de té.—*Restaurants*.—Visitas.—Convites.—Una comida en casa de un alto funcionario.

Conocemos ya el arreglo interior de un palacio ó *fu* chino: mas de la mitad del terreno está ocupado



Un entierro en Pekin.

por corredores, patios y jardines, donde se ven á cada paso rocallas, puentes rústicos, viveros con *guramies* (especie de pez), pajareras pobladas de pavos reales, faisanes dorados, perdices del Pe-tche-li, y sobre todo numerosos jarrones de porcelana ó de barro cocido y barnizado con árboles enanos, vides, jazmines, enredaderas y flores de todas clases. La pieza principal de la planta baja está abierta por la parte del jardín. Un biombo de celosías separa el salon del dormitorio. En la planta baja están el comedor, la cocina y á veces tambien el baño. Cuando hay un piso

superior, llamado *leü*, contiene cámaras y almacenes: la sala de entrada está invariablemente consagrada á los antepasados y á los genios de la familia. En cada pieza hay un kang, que sirve á la vez de lecho, de canapé y silla en todo el Norte, y tupidas esteras que cubren el suelo. Los muebles propiamente dichos, son escasos: algunas sillas ó taburetes de madera dura, con almohadillas ó cogines, una mesa pequeña de laca roja, un pebetero y candelabros de bronce esmaltado, jardineras ó canastas de flores, cuadros de papel de arroz, y la imprescindible tableta con algu-



Peinado de soltera.

na sentencia moral ó invocacion á los antepasados. No hay ventanas propiamente hablando; cuadradas aberturas hechas á los lados, cuando la pieza da al jardín ó al patio, ó entre los dobles maderos que sostienen el techo cuando puede descubrirse el interior desde la calle ó las casas vecinas, dejan penetrar una débil luz al través de los intersticios de una espesa celosía.

En estos misteriosos aposentos pasan las gentes ricas la mitad de su existencia, entregándose á una voluptuosa pereza. Es casi imposible á un europeo penetrar en ellos, y cuanto mas comunicativos son

los chinos en los negocios, en las fiestas, en las recepciones, tanto mas reservados son en todo lo que atañe á su vida íntima.

La pereza física es estremada en China: está considerado como de mal gusto esto de andar, de moverse, de servirse uno de sus miembros. Nada admira mas á los indígenas que la necesidad de locomocion que nos caracteriza á nosotros: ellos se acurrucan sobre sus jarretes, encienden su pipa, abren su abanico y contemplan con aire burlesco á los paseantes europeos, que van y vienen de un extremo á otro de la calle, marcando el paso con una precision mate-

mática. Cuando se hacen visitas oficiales á pie, es menester escusarse de no ir á caballo ó en palanquin, porque la traslacion pedestre es ofensiva, indecorosa para el personaje que nos recibe: el palanquin sobre todo es de un uso incesante. En Pekin hay grandes establecimientos para el alquiler de los palanquines disponibles á toda hora. Págase cerca de una piastra por los que son llevados por seis hombres; media piastra por los de cuatro, y cien sapeques por los de dos. La legacion francesa tiene para su servicio veinte y cuatro conductores, vestidos de túnicas azules con cuellos y bordados de los tres colores. Los palanquines son generalmente abiertos por delante y por de-

trás; tienen una ventana al lado y una banquetta transversal para sentarse.

La pasion del juego es una plaga en China, plaga que engendra otras mil en todas las clases de la sociedad. Encuéntanse en las calles de Pekin una multitud de garitos ambulantes, ya un juego de dados con un cubilete puesto sobre un escabel, ya una loteria con sus piecitas numeradas, que el lotero revuelve en otro cubilete de hoja de lata. La gente se agrupa en torno de estos industriales, y el pobre trabajador que pasa, cediendo á la tentacion, viene aquí á perder en pocas horas los penosos ahorros de muchos dias de trabajo. Los *coolies* agregados



Pies de mujer china y calzado.

al ejército francés perdian sus sueldos del mes el mismo dia de la paga: algunos de ellos, habiendo empeñado el vestuario á los mismos estafadores, que eran á la vez prestamistas sobre prendas, escapaban en medio de la rechifa del populacho y volvian á nuestro campo, apenas cubiertos con los calzoncillos. Las riñas de gallos y de codornices tienen tambien el privilegio de escitar las azarosas pasiones de los chinos, que hacen con esta ocasion considerables apuestas. Los propietarios y los comerciantes son tan aficionados al juego, como la plebe: se reunen en las casas de té y pasan en ellas el dia y la noche jugando á la baraja, á los dados, al dominó ó á las damas. Las cartas de sus barajas, son sumamente estrechas para su longitud, que es de unos 15 centímetros; se asemejan mucho á las nuestras, aunque con las figuras y palos de diferentes colores. Las damas son cuadradas y las casas redondas; los dominós planos con marcas rojas y azules. Juégase tambien á las damas con dados, lo que viene á ser una especie de chaquete. Siendo los dados el azar por excelencia son preferidos por los jugadores de profesion. Despues de haber perdido su dinero, juegan sus campos, sus casas, sus

hijos, sus mujeres y hasta sus propios individuos. Un comerciante de Tien-tsin que tenia dos dedos menos en la mano izquierda, los habia perdido á los dados. Las mujeres y los niños juegan al volante con preferencia y con una destreza admirable. El volante viene á ser una bola de cuero con anillos de metal, que aumentan su pesadez, y tres largas plumas clavadas en ellos. Impúlsase esta pelota con la suela del borceguí calzado y rara vez dan falta estos hábiles jugadores.

El juego, que atrayendo todas las aficiones paraliza el trabajo, es una de las causas permanentes del pauperismo; pero hay otra mas desastrosa todavia: la embriaguez. Ese barniz de decencia y recogimiento en que se envuelve la sociedad chinesca oculta la corrupcion mas profunda. La moralidad pública no es otra cosa que una máscara sobre una perversion de costumbres que escede á todo cuanto ha podido leerse en los antiguos, á todo lo que se sabe de las costumbres actuales de los persas y los indios.

La embriaguez, como se entiende en Europa, es el menor de sus vicios. El vino de uva fue hace siglos prohibido por emperadores que mandaron arrancar